

EL MANUSCRITO SANCHO PANZA

*Fernando Lalana
Chus Castejón*

PREMIO ANAYA
2023
JUVENIL

ANAYA

*Esta obra ha sido galardonada
con el XX Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil,
cuyo jurado estuvo formado por Raquel Bernaldo, Estrella García,
Andrea Maceiras, May R. Ayamonte y Pablo Cruz.*

© Del texto: Fernando Lalana y Chus Castejón, 2023
© De las ilustración de cubierta y los detalles interiores:
Irina Hirondelle, 2023

Textura interior: Daboost/Istockphoto/Gettyimages

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, marzo 2023

ISBN: 978-84-143-3461-4
Depósito legal: M-3053-2023
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

EL MANUSCRITO SANCHO PANZA

*Fernando Lalana
Chus Castejon*



**XX PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL**

ANAYA

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Primera parte o capítulo | 17 |
| Blanco harina | 19 |
| Llega el reo | 27 |
| Eldorado | 31 |
| Los ojos de don Miguel | 35 |
| | |
| Segunda parte o trozo | 43 |
| La batalla | 57 |
| La lucha | 61 |
| Cambiar el pasado | 66 |
| La otra muerte de Martín de Montiel | 69 |
| | |
| Tercer capítulo | 77 |
| | |
| Siguiente parte o capítulo, el cuarto: | 105 |
| Difícil despertar | 112 |
| Dulcinea | 119 |
| El amor | 122 |
| El palacio | 126 |
| Los baños de Argel | 133 |
| Intento de fuga | 136 |
| Despedida | 143 |

| | |
|---------------------------------|-----|
| La fuga inoportuna..... | 146 |
| Infausta decisión | 151 |
| Cambio de planes | 153 |
| Reencuentro..... | 161 |
| El marco | 165 |
| Posada Bonaria | 170 |
| Santa María Formosa..... | 171 |
| Yagatán..... | 174 |
| | |
| Otro capítulo, el quinto: | 181 |
| Sin remilgos..... | 188 |
| Malentendidos..... | 190 |
| Tulliano..... | 191 |
| La cena | 200 |
| Ocho días..... | 220 |
| Lo inesperado | 223 |
| Regreso a Argel..... | 229 |
| El hijo del sultán | 232 |

NOTA DE LOS AUTORES

Esto no es una biografía de Miguel de Cervantes. Es la versión novelada del guion que habríamos escrito, de haber convencido a los jefazos de HBO para rodar con ello una miniserie. Es una invención histórica sobre sus años de juventud donde, a ratos, cabalgamos a lomos de la realidad; en otros momentos, narramos aquello que seguramente ocurrió, pero que sigue envuelto en brumas de misterio; y, a veces, solo a veces, contamos aquello que quizás no ocurrió pero que bien podría haber sucedido. Lo llaman ficción y no es sino el territorio por excelencia de la literatura.

A mi familia.

–Chus Castejón

Y yo, a la mía.

Sobre todo a Isabel.

Y a Óscar, el recién llegado.

–Fernando Lalana

PREVIO

REBECA DE LONGINOS se apeó del tranvía en la parada de Avenida César Augusto y caminó sin prisa hasta la sede de la editorial Cuadratura, que ocupaba toda la quinta planta del, para ella, edificio más bonito de Zaragoza, al que ya casi nadie seguía llamando «El Adriática», con su aire entre italiano y neoyorquino; un rascacielos clásico y bajito.

Anduvo lentamente por el Coso, acera de los pares, consciente de cuánto llamaba la atención su figura elegante, lánguida, altísima. Durante la adolescencia, su estatura le supuso un verdadero tormento; pero fue solo hasta el día en que leyó en una revista que la actriz Sigourney Weaver medía exactamente lo mismo que ella. La convirtió en su ídolo y aprendió a luchar contra los *aliens* de instituto. Ahora, mediada una treintena de muy buen ver, aquella etapa se le antojaba la prehistoria; y ser el objeto de todas las miradas en cualquier reunión había dejado de causarle angustia. Incluso, en ocasiones, disfrutaba con ello.

Se detuvo en el vestíbulo y respiró hondo. Las cosas marchaban mal en la editorial y acudir cada día a su despacho se le hacía cuesta arriba. Seis años atrás había tenido que dejar su vida en Italia y su carrera de investigadora literaria para hacerse cargo del negocio familiar cuando

a su padre le dio por morirse de repente. De momento, solo había logrado esquivar la catástrofe, pero, ni mucho menos, enderezar el rumbo de la empresa.

—Buenos días, Manolo.

—Buenos días, jefa. Le ha llegado un sobre grande por correo.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Te refieres a correo de verdad, con sus sellos del rey y todo?

—Sí, sí. Aunque los sellos no son del rey sino de trajes regionales. Se lo he dejado encima de la mesa. Por cierto, no lleva remite.

Las últimas tres palabras de su secretario pulsaron la tecla de la curiosidad de Rebeca. Y algo más: un atisbo de sospecha. Se dirigió a su despacho, pero decidió no entrar. Se detuvo bajo el dintel de la puerta y, desde allí, lanzó un vistazo desconfiado al sobre grande de burbujas que reposaba sobre el vade de cuero rojo repujado comprado en el Chinatown de Los Ángeles y que a ningún visitante le pasaba desapercibido.

Transcurridos unos segundos, sí se acercó, tomó el paquete y lo sopesó. Aparentemente, la proporción con el volumen correspondía a la del papel de escribir. Unos doscientos cincuenta folios, calculó.

Lo más lógico era pensar que se tratase de una novela. Un inédito. A la editorial llegaban varios al año en aquel clásico formato, aunque muchos más, la inmensa mayoría, lo hacían a través del correo electrónico; todos ellos, por supuesto, con la intención de que los editores de Cuadratura los considerasen una maravilla de la literatura contemporánea y ofreciesen a sus autores publicarlos en su famosa colección Círculo de Escarcha en inmejorables

condiciones. Cosa que ocurría realmente, por término medio, en uno de cada ciento cuarenta intentos.

Sí, seguramente no es más que eso, pensó Rebeca: otro prejubilado de banca convencido de haber escrito la novela europea definitiva.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la absurda idea de que podía tratarse de una trampa. Muchos años atrás, recién graduada, había trabajado apenas unos meses como ayudante en prácticas del redactor de cierre de un periódico nacional. En ese breve tiempo, uno de los conserjes perdió tres dedos de una mano al abrir una carta bomba enviada por el GRAPO. Nunca lo olvidaría.

La inquietaba la ausencia de remite y, sobre todo, que figurase su nombre completo como destinatario. La casi totalidad de los originales que les llegaban iban dirigidos a Violeta Pancrudo, la jefa de ediciones, que aparecía mencionada en la portadilla de todas las publicaciones de la casa. No era así, sin embargo, en este anónimo envío. Se trataba de una forma nada habitual de proceder.

Rebeca sacudió la cabeza, tratando de librarse de aquellos estúpidos celos, carentes de verdadero fundamento.

Rodeó la mesa, brazos en jarras, sin dejar de contemplar el sobre marrón claro. Y, de pronto, como en un arrebató, conteniendo la respiración, lo tomó con las manos, tiró de la solapa y extrajo su contenido, depositándolo sobre la mesa mientras daba un paso atrás. Ya. Visto y no visto.

Exhaló el aire contenido en sus pulmones.

En efecto, tan solo era papel, un buen taco de hojas, constató con un escalofrío de alivio.

Eso sí, presentaba un aspecto extraño, distinto del típico original encuadernado en la copistería de la esquina, pues consistía en un legajo de pliegos amarillentos, caligrafiados por ambas caras con una letra de dificultosa lectura y, además, un centenar de folios de papel cebolla (¿cuánto tiempo hacía que no sentía entre los dedos el agradable tacto del papel cebolla?) mecanografiados por una sola cara. Mecanografiados, no impresos. En las finísimas hojas podían apreciarse las irregulares hendiduras producidas por el impacto de los tipos de una máquina de escribir convencional, ni siquiera eléctrica. En la mayoría de los casos, el punto final de cada párrafo había perforado la hoja, dejando un simpático agujerito.

Rebeca examinó los dos escritos. Enseguida se percató de que las hojas mecanografiadas no eran sino la transcripción —aparentemente literal— del texto plasmado en los pliegos manuscritos. Estaba claro que alguien se había tomado muchas molestias para que su contenido resultase de fácil comprensión.

Rebeca tomó asiento en su sillón de ejecutivo y a punto estaba de comenzar la lectura cuando otro detalle se antepuso a esa primera intención. Había dado por sentado que los pliegos constituían un facsímil, pero, al palpar el material de las hojas entre los dedos, sintió que se le aceleraba el corazón. Tras unos instantes de duda, se levantó, salió del despacho y se dirigió a la mesa del diseñador.

—Gonzalo, ¿tienes una lupa?

—¿Te sirve un cuentahílos?

—Sí. Mejor, incluso. Te lo devuelvo enseguida.

Al regresar, tomó al azar uno de los pliegos, se acercó a la ventana, colocó la hoja sobre la repisa inferior y el cuentahílos sobre la superficie del papel. Vio la tinta,

con su propio relieve nacarado. Vio el entramado del papel, buen papel antiguo, papel de trapos.

—Pero si parece auténtico —susurró para sí, con sorpresa—. Si lo fuera, podría tener... cuatrocientos, quinientos años quizá. ¿Qué demonios significa... ?

Revisó el sobre, en busca de alguna información, de algún mensaje que hubiera pasado por alto. Entonces, en efecto, descubrió la nota, manuscrita en una cuartilla del galgo, que había quedado en el interior.

Mi admirada Rebeca:

He pensado que usted sabría qué hacer con este manuscrito que obra en mi poder desde hace muchos años y en el de mi familia desde hace siglos. Siento que mi tiempo llega a su fin y creo que sería lamentable que estas páginas terminasen en el cubo de la basura, como lo harán, estoy convencido, la mayoría de mis pertenencias cuando yo muera. Confío en que este asunto le resulte estimulante.

Rebeca sonrió. De repente, aquello le parecía una broma; aunque... si lo era, se trataba de una jugarreta excepcionalmente bien elaborada.

Consultó su agenda, vio que tenía programada la primera cita del día para dentro de una hora y decidió utilizar ese tiempo en leer los primeros párrafos de aquel envío.

Al hacerlo, no podía imaginar la catarata de acontecimientos que estaba a punto de propiciar.

Se sentó en su sillón y colocó los pies sobre la mesa.

Se caló las gafas de cerca.

Empezó a leer.



PRIMERA PARTE O CAPÍTULO



EN LA QUE EL SEÑOR CERVANTES
LLEGA A ARGAMASILLA DE ALBA
EN NO MUY PROPICIAS CIRCUNSTANCIAS

BLANCO HARINA

Alonso fue mi amigo. Mi mejor amigo. Él fue quien me enseñó a leer. No a descifrar las palabras, que a eso aprendí en la escuela de Argamasilla, a la que acudí puntualmente durante seis largos años, cosa inusual en aquel tiempo; pero es que mi padre era molinero y un molinero, para ejercer su oficio con solvencia, ha de conocer al menos las cuatro reglas. Si un molinero no sabe sumar y dividir, todos le engañarán. Por el contrario, un molinero que sepa leer, escribir y calcular, podrá engañar con facilidad a otros y sacar de ello buen beneficio. Eso decía mi padre, y por eso insistió en que acudiese hasta cumplidos los once años a las clases que impartía don Toribio, cuando la mayoría de mis compañeros o jamás fueron a escuela alguna o lo hicieron por tiempo muy corto, para así empezar a colaborar en las tareas familiares a edad temprana.

No, mi amigo Alonso no me enseñó a leer, pero sí a comprender los intrincados mensajes que se ocultan tras las palabras escritas en los libros, lo que es mucho más importante. Él era hijo de un hidalgo, don Martín de Montiel, que murió heroicamente, poco antes de nacer Alonso, en la más grande ocasión que vieron y verán los siglos: la batalla de Lepanto. Tampoco tenía madre, ni nunca la tuvo, pues

falleció en su parto. Así fue como, desde niño, mi amigo Alonso se crio con su único pariente vivo, su abuelo Gonzalo, un hombre de comportamiento atrabiliario y mente algo trastornada, lo que no es de extrañar, habida cuenta de que sobrevivir a un hijo es vivir la vida del revés. Don Gonzalo de Montiel había marchado de joven a la conquista de América y volvió de allí medio rico, con un buen cofre lleno de oro que a saber de dónde lo sacaría y a cuántos no tendría que matar para conservarlo hasta su regreso. Con ese oro compró en Argamasilla casa, hacienda y prestigio; y, con el peculio sobrante, pretendía para su nieto un futuro inaudito por entonces: que Alonso estudiase para boticario. Y no con la intención de que llegase a ser un boticario cualquiera sino el mejor boticario de España, el boticario de los nobles, el boticario del Duque de Alba, el boticario –por qué no– del propio rey. Aquel empeño insólito llevó a don Gonzalo a gastar sin asomo de avaricia sus ganancias como conquistador y las que procedían de la explotación de sus tierras, con el objetivo de conseguir para su único nieto una exquisita educación, contratando para ello a los mejores preceptores y maestros, y no solo de aquellas materias relacionadas directamente con la preparación de remedios para los males del cuerpo sino, al parecer, con cualquier parcela del conocimiento humano. Desde latines y griego a astronomía o hidráulica –que ni sé lo que significa–, todo parecía poco para hacer del joven Alonso un hombre instruido. Y él disfrutaba con ello, con esa peculiar locura de su abuelo por convertirlo en sabio.

En casa de los Montiel había libros, muchos libros. Creo que, con eso, está todo dicho.

Alonso era alto y delgado, como una caña. En nuestro pueblo, casi todos lo tenían por un orate. No un mero sujeto estrafalario, como lo era su abuelo, sino un verdadero chiflado, en especial desde aquel día en que subió a lo alto del campanario de la iglesia burlando la vigilancia de Mosén Senén y comenzó a declamar el Cancionero de Petrarca a voz en cuello y a los cuatro vientos, convencido de que los versos del italiano caerían como beneficioso maná sobre los incultos hombros de sus convecinos. En fin... Allí se mantuvo atrincherado durante más de una hora, hasta que el alguacil logró llegar a él y lo bajó de la torre tomado por la oreja. Ese y otros dislates le granjearon fama de lunático desde niño y creo que sufrió mucho por ello. Sé que yo era su único amigo verdadero. Lo había sido desde siempre porque siempre sentí por Alonso una admiración desmedida, a la que él, inexplicablemente, correspondió desde el primer momento con afecto verdadero.

Mas vamos al meollo de este relato, que tiempo habrá, espero, de ahondar en detalles de nuestra amistad, nuestra vida y nuestra condición.

Es el caso que una tarde de finales del verano del año del Señor de 1588, Alonso se llegó corriendo desde su casa hasta el molino de mi padre, donde yo estaba ayudando a ensacar harina y, supongo, presentaba el aspecto de un polvoriento fantasma, cubierto de blanco de los pies a la cabeza.

—¡Sancho, Sancho! —exclamó al verme, casi sin aire en los pulmones—. ¡Traigo una noticia increíble!

—Siendo así, prefiero que no me la cuentes, puesto que no la creeré.

—Es que es increíble... ¡pero cierta!

–Ah, mira, eso ya es otra cosa. ¿De qué se trata?

Alonso se arrancó a toser, mientras se recuperaba de la carrera que, si la había realizado sin descanso, sin duda habría llevado al límite su escasa resistencia al agotamiento.

Sonrió, por fin, mientras abría los brazos de par en par.

–¡Viene don Miguel de Cervantes! –exclamó.

Yo parpadeé, por la sorpresa y porque algo de harina me había entrado en los ojos.

–¿Quién, dices?

–¿Cómo que quién? ¡Cervantes! ¡El escritor!

–No sé quién es.

–¡Sí, hombre, sí! Tengo en casa varias obras tuyas. ¿No recuerdas que te leí, meses atrás, algunos párrafos de *La Galatea*?

–*La Galatea, La Galatea...* –rememoré– la verdad, no lo recuerdo. Como te entusiasmas por tantos y tantos poemas y comedias...

–¡Me asombra tu mala memoria! *La Galatea* no es comedia ni romance, Sanchico, es una novela. Una novela de pastores que, en realidad, no son pastores, sino que representan las diversas manifestaciones de la condición humana.

Serio, me propiné varias palmetadas sobre el pecho y los brazos, provocando una nube de polvo de harina.

–Si no te conociera como te conozco, pensaría que te burlas de mí.

–¡Claro que no! ¿De veras no recuerdas *La Galatea* o *El cerco de Numancia* o *La batalla naval*? ¡En mi casa hemos leído tú y yo partes de todas ellas!

–¡Ah, mira! Sí recuerdo *La batalla naval*. Esa es una pieza de teatro, ¿verdad? Sobre la batalla de Lepanto. ¡Ah,

espera, ahora caigo! ¡Cervantes, claro! ¿No se trata de ese autor que perdió un brazo peleando en ella?

–¡Exacto, ese mismo! Aunque creo que no fue todo el brazo, solo la mano.

–El brazo, la mano... ¡qué más da! El caso es que se quedó manco, ¿no?

–Eso es. Pues bien, don Miguel de Cervantes va a llegar dentro de muy poco aquí, a Argamasilla de Alba. ¡Tendremos ocasión de conocerlo en persona!

La expresión y los ademanes de Alonso no podían manifestar un júbilo más extremo. A mí, por el contrario, me estaba costando emocionarme con la perspectiva de mantener un rato de charla con un escritor al que yo consideraba «del montón».

–Mira, Alonso, amigo, te voy a ser sincero: si se tratase de ese italiano que tanto te entusiasma, no te digo que...

–¿Te refieres a Dante Alighieri? –me cortó Alonso–. ¡Pero si Dante lleva doscientos años muerto! ¿Cómo podríamos tener ocasión hablar con él, como ahora la tenemos con Cervantes?

–Muerto, ¿eh? Vaya... Era solo un ejemplo, caramba. Digamos... Garcilaso de la Vega.

–También está muerto.

–¿También? ¡Qué pena! De ese, no me había enterado. Te acompaño en el sentimiento.

–Gracias.

–Dame una pista, entonces. Un buen autor que aún esté vivo.

–Pues... ¡Cervantes!

–¡Que no, pesado! Otro. ¡Ya sé! Ese cura que escribe mucho sobre la Biblia...

—¿Fray Luis de León?

—¡El mismo! Si Fray Luis de León se dejase caer por Argamasilla, estaría encantado de lavarme, cambiarme de ropa y acompañarte a hablar con él, pero por Cervantes...

—¿Qué?

—Que es un don nadie...

—¡Quita, quita! Cervantes es tan buen escritor como Fray Luis o Garcilaso, aunque... de otra manera. Cierto es que no se le da bien el verso, o no tan bien como a otros, pero como contador de historias es de los mejores. Además, fue soldado, como mi padre. ¡Recuerda que batalló en Lepanto!

—Haber sido soldado no añade mérito alguno a su prosa. ¡Si apenas ha publicado! ¿Cuántos libros dices que tienes de él en tu biblioteca?

—Pues... ¡jem...! dos o tres. ¡Pero aún no ha cumplido los cuarenta años! Está a tiempo de escribir una gran obra, de esas que se recuerdan para siempre. De las que entran en la Historia por su propio pie.

—Hace un tiempo, asegurabas lo contrario.

—¿El qué?

—Que un autor que a los treinta años no ha parido una obra maestra, ya nunca lo hará.

Me encanta pillar a Alonso en un renuncio. Me ocurre pocas veces, pero, cuando sucede, me encanta.

—Sí, ya, bueno... Tú, que conoces tantos refranes, sabes de sobra que hay un dicho para cada ocasión y para su contraria. Estoy convencido de que Cervantes asombrará a España entera, y tú y yo podremos decir: lo conocí cuando aún no era nadie.

—O sea, que me das la razón: Cervantes no es nadie.

—¡Pero lo será, cabezón!

—Seguro que sí, Alonso, seguro que sí; ocurre que, mientras él escribe esa novela maravillosa, ya puedes ver cómo estamos por aquí de faena. No voy a dejar a mi padre solo con todo este trabajo. Lo siento, no puedo acompañarte ahora.

Alonso alzó las cejas.

—¿Ahora? ¡Ah, no! No, no, no te preocupes, que no es cosa de urgencia, qué va. Solo he venido a contártelo, porque estoy encantado con la noticia. Cervantes llegará mañana. Y no solo eso: va a pasar una temporada aquí, en Argamasilla.

—¡Anda... !

—Así que tendremos tiempo y ocasión de departir con él largo y tendido, ya lo verás.

—Ya lo imagino. Y, oye, por curiosidad: ¿dónde se va a alojar tan famoso escritor durante su estancia? No me digas... que va a vivir en vuestra casa. Con tu abuelo y contigo, quiero decir. Porque sitio disponible, tenéis de sobra.

—Eeeh... no. No, no. Ya me gustaría, ya, pero no. Creo que se va a quedar en casa de don Pedro Julián, el alguacil.

—¿Porque son amigos?

Alonso hinchó los carrillos, en un gesto suyo característico.

—Bueno, no exactamente. Cervantes viene a Argamasilla cautivo y engrilletado.

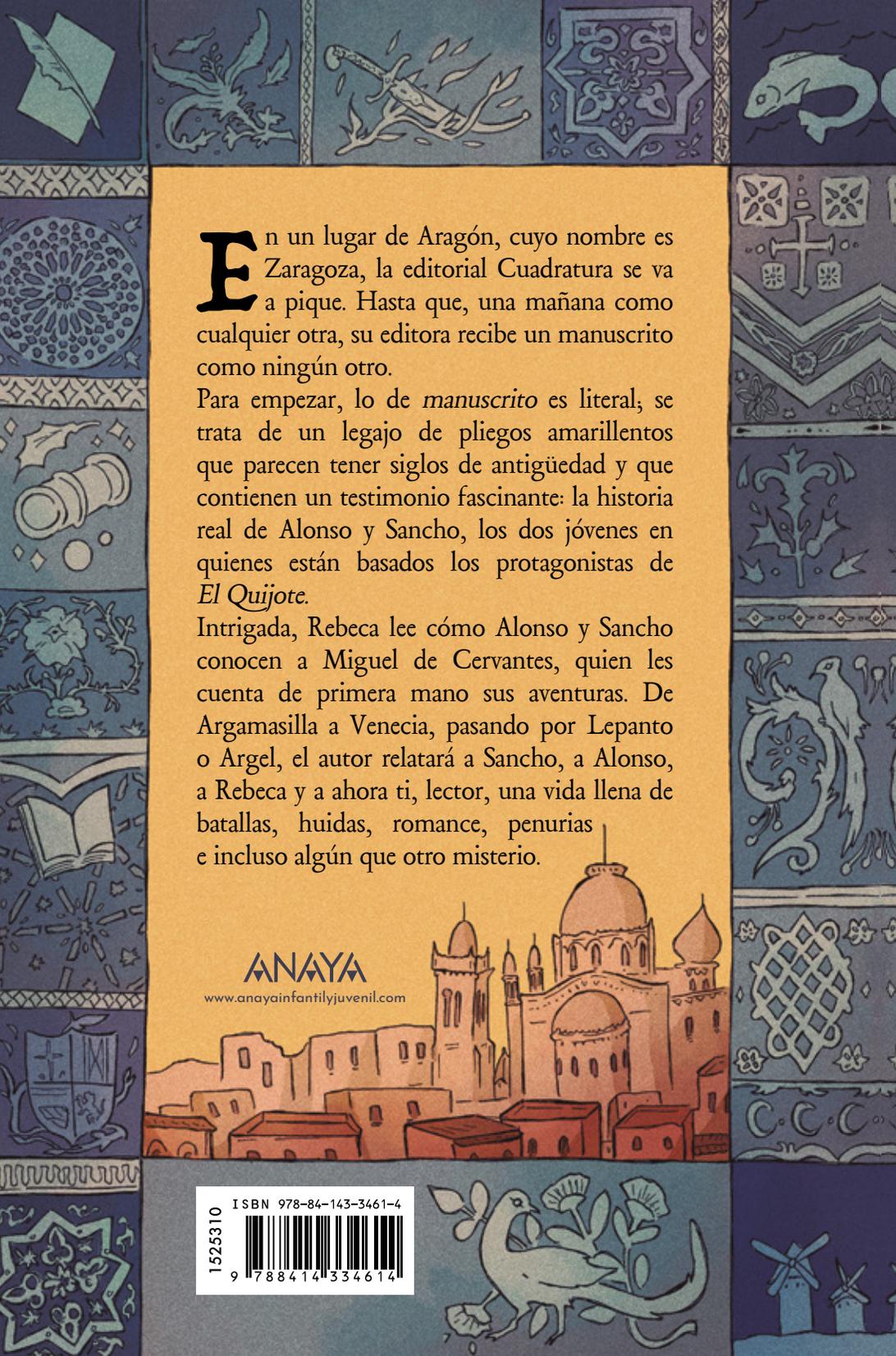
—¡¿Qué?!

Lo último que me esperaba.

—Por lo visto, alguien lo ha denunciado, seguro que falsamente, por robo, estafa o cosa similar.

–¡Vaya pieza! Así que se va a alojar con el alguacil...
preso en los calabozos del ayuntamiento.

–Eeeh... Sí, eso es. Aunque creo que son unos calabozos
comodísimos. Estará bien.



En un lugar de Aragón, cuyo nombre es Zaragoza, la editorial Cuadratura se va a pique. Hasta que, una mañana como cualquier otra, su editora recibe un manuscrito como ningún otro.

Para empezar, lo de *manuscrito* es literal, se trata de un legajo de pliegos amarillentos que parecen tener siglos de antigüedad y que contienen un testimonio fascinante: la historia real de Alonso y Sancho, los dos jóvenes en quienes están basados los protagonistas de *El Quijote*.

Intrigada, Rebeca lee cómo Alonso y Sancho conocen a Miguel de Cervantes, quien les cuenta de primera mano sus aventuras. De Argamasilla a Venecia, pasando por Lepanto o Argel, el autor relatará a Sancho, a Alonso, a Rebeca y a ahora ti, lector, una vida llena de batallas, huidas, romance, penurias e incluso algún que otro misterio.

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com



1525310

ISBN 978-84-143-3461-4



9 788414 334614

